

Banca ética y transformación social

El artículo explora las potencialidades y posibilidades de un proyecto de financiación autolimitada encaminado hacia el cambio social en el actual contexto de financiarización extrema. En este sentido, la nomenclatura banca ética se aplica a entidades financieras que cumplen con ciertos criterios y al conjunto de iniciativas que participan. Su objetivo es recuperar las riendas de la actividad económica en todas sus expresiones (producción, consumo/comercio, ahorro/inversión). Permite a las personas decidir a qué dedican sus ahorros y comprender que esa elección tiene unos límites que vienen dados por las consecuencias e impactos negativos o positivos que tienen esas inversiones sobre terceros (el medio ambiente, colectivos desfavorecidos, generación o destrucción de empleo, sobreexplotación de personas y yacimientos o respeto a los derechos y al equilibrio natural, etc.).

La banca ética, social o ecológica,¹ comenzó a desarrollarse como tal en la etapa posterior a la segunda guerra mundial. Su auge, sin embargo, se produjo a partir de los años ochenta del siglo XX en Europa y países anglosajones, y del año 2000 en nuestro país. Bien es cierto que si nos dedicásemos a caracterizar lo que entendemos por este tipo de banca, podríamos observar ejemplos o precuelas en pasados más remotos.

Llegados al año 2011, más que caracterizar en qué consiste una banca ética o una banca social, nos interesaría observar todo su potencial como herramienta transformadora del escenario sociopolítico. Un escenario de financiarización extrema de la economía y de la propia intermediación bancaria, que es relativamente reciente, igual que lo son las perversiones que lleva aparejadas. En un primer análisis, podríamos observar tres vías por las que

Nuria del Río es consultora de microfinanzas para cooperación, socia de ProEmpleo y miembro del Consejo Asesor de Coop57

¹ Se puede profundizar sobre las iniciativas presentes en el Estado español en: www.proyectofiare.net, www.coop57.coop, www.gap.org.es, www.fets.org, www.oikocredit.es, www.triodos.es, www.comunidadescafe.org, www.iuna.es, www.enclau.es, www.economiasolidaria.org, www.ideas.coop

la actividad financiera, autolimitada por una serie de criterios, previamente publicados y comprobables a lo largo de todo el proceso, puede contribuir a un cambio social.

La *primera*, es una dimensión *simbólica* que se mueve en la esfera de lo representativo. La pregunta sería: ¿qué implicaciones tendría una primera iniciativa financiera que no pone la máxima rentabilidad financiera por delante de la mínima rentabilidad social? Para empezar, implicaría la fisura de una verdad autovalidada por la vía de la práctica y la aceptación general: la misión de la banca –aun más que la de cualquier otra empresa, por el hecho de usar el dinero como materia prima–, es generar dinero, o lo que es lo mismo, el máximo beneficio.

Si observáramos con la mirada ingenua de un niño o de una persona de hábitos y necesidades sencillas que resida, por ejemplo, en el medio rural, no puede haber una afirmación más absurda. Si simplificamos al máximo la función bancaria, la verdadera tarea de la intermediación bancaria es acumular sabiduría, no dinero, para minimizar el riesgo de pérdida en el proceso de préstamo del dinero que se custodia. Maximizar la eficiencia, para que el dinero alcance para todos aquellos que tienen una buena propuesta para utilizarlo y que sea devuelto en un tiempo y una forma que permita atender las demandas del siguiente periodo. Sin embargo, todos y todas hemos aceptado como verdad absoluta la afirmación primera, que se ha legitimado durante casi dos siglos, de que cada vez más la actividad financiera acumulase el mayor porcentaje de beneficios de todo el sector empresarial.

No entraremos en detalles sobre cuáles son los mecanismos para generar una percepción social de escasez financiera hasta el punto de considerar el dinero líquido o los títulos de crédito como un bien más valioso que el aire, el agua, el tiempo y otros bienes y valores tangibles e intangibles. Simplemente, convengamos que existen esos mecanismos y que han venido siendo aplicados con enorme éxito el tiempo suficiente como para que la práctica totalidad de la población de países desarrollados entrásemos en la carrera contra la escasez monetaria (personal o colectiva) con cierto grado de consciencia. Esto es extensivo a las clases medias y altas de los países del Sur o en vías de desarrollo y a las capas de población con menos recursos de estos países, que si bien en muchos casos ni siquiera tienen acceso a servicios bancarios, son los primeros en pagar las consecuencias de esta tendencia social generalizada y aun creciente, al otorgar al dinero la cúspide de la pirámide del valor social. El bien o valor más codiciado, y como decíamos, el que aparece como más escaso, por más que esta percepción sea una construcción social, ingeniosamente calculada y promovida.

En este contexto, romper con la hegemonía de esa predominancia, mostrar al público, a los ahorradores, a los demandantes de préstamo que cumplan con ciertos requisitos, y al mundo en general que se puede hacer intermediación financiera sin participar tan direc-

tamente o sin participar en absoluto de esa premisa de «todo el poder para el dinero» es, en sí, una pequeña revolución en términos simbólicos. Expresado de otra manera: la actividad financiera ética no resta poder al dinero, le confiere mucho poder, pero no lo pone en las mismas manos que el sistema financiero que busca maximizar beneficios sin analizar los costes o impactos sociales. En el caso de la banca ética, se le da al dinero el poder de generar al mismo tiempo una economía y un empleo diferentes, que aúnan rentabilidad financiera con rentabilidad social.

Efectivamente, no se trata sólo de usar los depósitos de los ahorradores para fomentar una economía real en detrimento de la actividad financiera que apenas se apalanca en la realidad productiva; se trata, además, de plantear qué tipo de empleo y qué tipo de impacto social y territorial se genera al hacerlo así.

Se puede hacer intermediación financiera sin participar tan directamente, o sin participar en absoluto, de esa premisa de «todo el poder para el dinero» es una pequeña revolución en términos simbólicos

La *segunda* vía por la que la práctica de una banca ética contribuye a la transformación social es mediante una irrupción de profanos en la actividad financiera, creciente y con tendencia a llegar a ser masiva. Nos referimos a la primero simbólica y después muy significativa cantidad de ciudadanas y ciudadanos que en su malestar previo o posterior a la última crisis han ido agudizando el oído y la atención a cualquier alternativa que mostrase un horizonte menos depredador, menos lejano de sus vidas cotidianas y que recurriese menos el lenguaje técnico para poder sentirse cercanos y *partícipes* en el proceso. Esa es la palabra clave. Una gran parte de la ciudadanía quiere *participar* en otro modelo de banca, o como mínimo, sentirse menos, o nada, cómplice del *desastre generalizado* que ha visibilizado esta crisis. Una crisis que supone un punto de inflexión, pero que, para quienes ya estaban muy escandalizados con la marcha de los mercados financieros y sus consecuencias sobre terceras partes, no ha sido ninguna sorpresa. «De tales lodos, estos barro», se ha dicho mucha gente.

Una parte de esta afirmación la comparten muchos segmentos del espectro de analistas, desde los más profanos hasta los más conservadores. Esto no es exclusivo de quienes defienden una banca ética. ¿Cuál es entonces la gran diferencia? No solo que la gente pueda decidir a qué dedican sus ahorros, sino a comprender cada vez más y mejor que esa elección tiene unos límites que no vienen dados por las tendencias del mercado o por el capricho, sino por las consecuencias e impactos negativos o positivos que tienen esas inver-

siones sobre terceros (el medio ambiente, colectivos desfavorecidos, generación o destrucción de empleo, sobreexplotación de personas y yacimientos o respeto a los derechos y al equilibrio natural, etc.).

Desde ese punto de vista, el valor simbólico de fisura del modelo comúnmente aceptado deviene en la participación y el empoderamiento de los ahorradores como auténticos valedores últimos de la gestión de la entidad financiera. Estos hombres y mujeres que delegan su confianza y vigilan esta gestión, a veces muy estrechamente, no miden su éxito por los rendimientos económicos –que son sólo un medio– sino por el impacto social que tiene la actividad financiera que se ejerce con sus ahorros año a año.

La actividad financiera se convierte así en una puerta de entrada, un gigantesco portal más bien, por el que la ciudadanía puede emprender el regreso al compromiso social fuerte, el que implica valores y estilos de vida. El gran cambio es que ya no se trata de luchar por libertades y derechos, sino de recuperar las riendas de la actividad económica en todas sus expresiones (producción, consumo/comercio, ahorro/inversión), que durante demasiado tiempo se ha delegado ciegamente a las grandes corporaciones financieras.

No nos engañemos, esta pequeña revolución es aún simbólica, un movimiento emergente que, tanto en números absolutos como en porcentaje, representa un volumen ínfimo de la actividad financiera mundial.

De modo que, la *tercera* vía de transformación social –que es propiamente la inversión en proyectos productivos bajo criterios de impacto social positivo–, no es precisamente la que representa una incidencia más potente. De hecho, sería meramente testimonial de no ser por las otras dos dimensiones.

Y es que no podemos olvidar que en la era de la sociedad de la información y la comunicación, la representación simbólica tiene un poder, que unido a la capacidad de difusión a velocidades aceleradas que supone internet, permite una posible *cuarta* vía de transformación social, que es la suma o el espejo de todas las anteriores, y es el impacto –¿inesperado?– que ha tenido en el resto del sector financiero.

Basta hacer un análisis somero de la historia reciente de la publicidad de entidades financieras para observar que tras la moda aun vigente del humanismo y los proyectos solidarios en grados más o menos ligeros, de pronto irrumpen en los mensajes conceptos que brillaban por su ausencia: participación, transparencia, tú decide, tú puedes ser banquero.

Y, sin entrar en el universo de la comunicación, también es interesante asomarse al registro de la Comisión Nacional del Mercado de Valores (CNMV) para ver la cantidad de

Fondos de Inversión Éticos que, emulando a entidades financieras de países anglosajones, han proliferado desde finales de los años noventa. En los primeros años de este siglo, la CNMV tuvo que hacer un pequeño parón en la concesión de *vistos buenos* porque la legislación española no estaba preparada para toda esa colección de conceptos y prácticas. ¿Qué era exactamente un Fondo Ético? ¿Quién podía y quién no, hacerse con tal certificación? ¿Bajo qué criterios? Y lo que es más importante, ¿quién vigila o supervisa de forma independiente que tal o cual empresa cumple con los criterios del fondo ético de inversión, como para acceder a financiación sin distorsionar el sentido del propio fondo? Estos fondos han tenido un auge paralelo al de la banca ética, aunque con una llegada muy diferente a la ciudadanía y un tratamiento mediático también muy diferente.

El valor simbólico de fisura del modelo comúnmente aceptado deviene en la participación y el empoderamiento de los ahorradores como auténticos valedores últimos de la gestión de la entidad financiera

Es sólo una hipótesis difícil de demostrar cuantitativamente sin dedicar muchísimos recursos, pero podría decirse que el impacto mediático y la reacción que ha producido en una parte del resto del sector, especialmente el de las cajas de ahorros, sólo en España, es de uno sobre 100. Es decir, que si el impacto que este movimiento –banca ética es una nomenclatura que se aplica, por un lado, a una entidad financiera que cumple con ciertos criterios y, por el otro, al conjunto de iniciativas y personas que participan, incluyendo seguros y otros productos, inclusive actividad microfinanciera solidaria, etc.– hubiese sido generado a base de contratar una campaña de marketing, hubiese tenido que invertir, como mínimo, 100 veces el dinero que ha utilizado hasta la fecha, no en promoción, sino en el total de su actividad.

Esto no solo alude a que hay gente muy talentosa, profesional y creativa apoyando este movimiento sino al enorme poder de adhesión que ha despertado, haciendo que muchas personas y organizaciones dediquen desinteresadamente su tiempo durante años, décadas en algunos casos, a promover este tipo de prácticas.

Y es que los movimientos sociales que buscaban transformaciones profundas aprendieron, más tarde que temprano, que en estos tiempos, la esclavitud del mundo era, sobre todo, económica y que el cambio tenía que venir por la economía. El dinero como valor sigue sin ser el centro de la cuestión, pero ha dejado de estar fuera de la ecuación. ¿Se han vuelto ricos los movimientos sociales? ¿Se han puesto a jugar a la banca? No. Simplemente han despertado y han descubierto que la batalla no estaba donde parecía estar y que sin la complicidad cotidiana de millones de ciudadanos y ciudadanas, el juego del máximo beneficio caiga quien caiga sería un poco más difícil.

¿Cuál ha de ser el gran acierto de la banca ética? Ponerse al servicio de quienes hacen cosas socialmente útiles. Si existe una recuperación simbólica crucial en todo este proceso de emergencia y consolidación de un nuevo modelo de banca, es que esta no tiene sentido por sí misma. Es un negocio absurdo, desde un punto de vista de la construcción de una sociedad mejor para todos, si se desabrocha del objetivo colectivo y no se mide el por qué y el para qué aplicar dinero aquí o allá.

Es decir, el mundo justo al revés de cómo ha venido funcionando y sigue funcionando a pesar de la crisis: crecimiento y ganancia ilimitados e indiscriminados, sin mirar a quién se daña o, en el peor de los casos, dañando como quien no quiere la cosa a quien más molesta o dificulta los siguientes pasos de mi corporación, en términos de competencia competitiva.

Una de las cosas que más está costando entender a quienes se acercan por primera vez a estas prácticas, a este movimiento, que promueve otra forma de ejercer la intermediación financiera, son las grandes diferencias que existen entre las distintas iniciativas.

Las personas preguntan si es segura la banca ética y lo preguntan como si tuvieran delante una persona que habla bonito, pero que no se sabe si luego puede sostener la belleza de sus palabras. La pregunta siempre es la misma y la respuesta también. Depende. Dentro del así llamado, "Movimiento de banca ética", hay iniciativas que son bancos y otras que tienen otras formas organizativas. Las que son bancos, es decir, tienen licencia para operar como Banca Universal (se puede abrir cuentas corrientes, libretas, etc., vinculadas a medios de pago como cheques o tarjetas; se puede domiciliar el pago de recibos y, en definitiva, todas las operaciones corrientes que realizamos con una entidad financiera cualquiera), están vigilados estrechamente por un Banco Central de forma regular y periódica y están sujetos a la misma legislación que cualquier otra entidad de características similares.

La otra cosa que cuesta comprender, aunque cada vez menos, es que hay una diferencia entre el ánimo de lucro y los costes. La banca ética no es ética porque suprima los intereses ni regale el dinero. Solo puede regalar el dinero aquel o aquella a quien le sobra, y grandes cosas se han hecho gracias a las donaciones. En el proceso de construcción de un nuevo modelo de banca ha habido que explicar infinidad de veces que hay unos costes operativos derivados de la gestión profesional, y que esos no solo no van a desaparecer, sino que no están subvencionados por las ganancias desorbitadas en otras áreas de inversión. Porque, en este tipo de banca, sencillamente no existen. Solo podrán bajar en la medida en que se llegue al punto de equilibrio empresarial, que cada oficial de crédito, u otros profesionales, estén pudiendo gestionar proyectos por encima de lo que cuesta sostener su puesto de trabajo y los gastos de infraestructura.

Es decir, debajo de toda la jerga financiera que sigue vigente –ligada a esa vigilancia intensiva y a esa gestión homogeneizada con el resto del sector que exigen los Bancos Centrales– subyace una empresa con la misma lógica que una PYME española que más o menos todo el mundo entiende: no se puede mantener el empleo si no hay márgenes operativos. En algunos proyectos de financiación solidaria, el milagro se ha obrado gracias al compromiso de personas y organizaciones que han puesto su tiempo y su capacidad para complementar el trabajo de los profesionales y así poder llegar a todo con menos personal, hasta que se ha ido alcanzando el margen para contratar a toda la plantilla necesaria.

¿Cuál ha de ser el gran acierto de la banca ética? Ponerse al servicio de quienes hacen cosas socialmente útiles

Otras iniciativas, como Coop57,² no ponen el acento en ser banca universal, sino en ser de forma muy marcada, el instrumento de autogestión financiera de la economía social de varias ciudades españolas. Es al mismo tiempo un proyecto que está al servicio de cooperativas, asociaciones y otras entidades sociales y que requiere de estas para su funcionamiento y control. Es un mixto por así decirlo. Es al mismo tiempo una estructura jurídica con un estricto control presupuestario y empresarial, y una red de entidades que se dan, a través de ella, apoyo mutuo. Representa, también y de forma inevitable, pues la estructura se apoya en gran medida en la participación de los socios, una escuela permanente de economía y finanzas solidarias para todos sus miembros.

Es importante entender que cuando se habla de finanzas solidarias, no aludimos directamente al hecho de que en algunas de las iniciativas aporten trabajo desinteresadamente muchas personas en calidad de socias o socios voluntarios. Se apela al término solidaridad porque la actividad financiera pone al alcance de proyectos que se ocupan de los más desfavorecidos, el dinero que otras personas han depositado para este fin. Se puede entender como desfavorecidos aquellos colectivos que están en riesgo de exclusión social o que tienen dificultades de acceso a financiación, sea por ser originarios de otros países o por una combinación de ambas. Aunque lo relevante en este tipo de iniciativas de financiación es que se entiende la solidaridad no como algo propio de personas sensibles y de buen corazón, sino de sentido común. Se responde solidariamente a los problemas, porque los problemas sociales son de todos, afectan a la sociedad, y se reafirma así que un sistema financiero no puede funcionar de espaldas a ella, y mucho menos supeditar un sistema social a sus beneficios empresariales particulares.

² www.coop57.coop

En un mayor grado de capilaridad, encontramos grupos de Ahorro y Préstamo locales, cuya actividad es aun más restringida, tanto en términos de volúmenes de fondos manejados, como en número de préstamos y la cantidad media que se facilita en ellos. No se hace actividad bancaria propiamente dicha, sino más bien son grupos de apoyo financiero. Se trata de cantidades muy pequeñas, aportadas entre un nutrido grupo de personas que no buscan lucrarse, pero si recuperar el dinero, para poder volver a prestárselo a un nuevo proyecto social. El impacto concreto de los préstamos es mucho más testimonial, pero la intensidad de la participación y sus efectos en términos de formación y acumulación de experiencia y casuística, es exponencialmente mayor, hasta el punto de que en casi todos los núcleos territoriales de promoción de proyectos de banca ética –universal–, hay personas involucradas que previamente se han formado en estas pequeñas experiencias locales. Un ejemplo de estos grupos sería Financiación Solidaria en Aragón, el GAP Madrid o AIS Sevilla.

Se podría afirmar, que una buena parte del entramado societario –no en términos de porcentaje de acciones o depósitos, sino en aportación de trabajo, impulso promotor y experiencia– de algunas de las principales iniciativas de banca ética, tanto en España como en Italia, proviene de proyectos mucho menores, más antiguos y sobre todo, de ámbito estrictamente local. Así que se hace cierta la frase, que incluso uno de estos grupos llego a usar como reclamo en sus inicios: a prestar solidariamente se aprende prestando solidariamente, trabajamos para que el dinero pueda cumplir una función social y regresar a las manos de quien lo puso a disposición, pero si hay dificultades, el dinero no se pierde, se convierte en experiencia.

Esta es, como se señalaba, una gran diferencia y al mismo tiempo, parte de la lógica de pensar en un sistema completo de finanzas éticas, y no sólo en el modelo de banca universal. La diferencia estriba en que los bancos éticos que tienen ficha bancaria registrada en un Banco Central o lo que es lo mismo, licencia para operar, tienen muy poco margen para cometer errores. Junto al código ético, se impone la profesionalidad y la máxima prudencia. Estos bancos permiten aprender mucho de la reacción o la acogida de los mercados a cada una de las empresas financiadas y convertirse en grandes expertos en prestar en ciertos sectores (recordemos que las actividades económicas a las que se apoya, en el caso de las bancas éticas, son limitadas, pues vienen reguladas por lo que dice el código ético de la entidad). Asimismo, la experiencia sobre lo que hay detrás de un emprendedor o emprendedora ilusionados. Cuándo hay más posibilidades de tener un éxito rotundo y en qué circunstancias; involuntariamente, al conceder el préstamo, se está colgando un flotador de piedra al cuello de los promotores. Este tipo de lecciones se aprenden mejor, y a menor coste para todos, en las pequeñas iniciativas locales.

La imaginación y la creatividad, igual que sucede en el sector que busca el lucro por encima de todo, son infinitas cuando se trata de buscar soluciones financieras a problemas

sociales. En el caso de IUNA, se creó un fondo de inversión social, especializado en inversión en empresas de inserción social. Se usó la forma de sociedad anónima, y al cabo del tiempo se blindó la misión social del proyecto mediante la creación de una fundación de corte comunitario con muchísimos patronos, que entre todos, representaban el espectro de todos los públicos interesados en defender la inclusión social de colectivos desfavorecidos.

En el caso de las CAF, comunidades de autogestión financiera, se adaptó al estado español una idea que ya había funcionado en América Latina. Aquí se empezó a usar con grupos de inmigrantes como espacio de apoyo mutuo, con unas reglas del juego sencillas y claras, que permitiesen la gestión por parte de socios no profesionales de las finanzas y el sostenimiento de la herramienta financiera en el tiempo a pesar de la ausencia de ánimo de lucro. Se trata de cantidades muy, muy pequeñas, que al ser prestadas por el grupo a uno de sus miembros, permiten hacer frente a extras o imprevistos, tales como la vuelta al colegio de los niños, la repatriación de un familiar o la rotura de una lavadora.

La gran tarea que la banca ética al servicio de la ciudadanía comprometida se ha de proponer: recuperar la democracia económica, tal vez como la única vía para recuperar la democracia real

Estas experiencias pequeñas, son las que han hecho sonreír tiernamente a quienes se burlan de la banca ética como si fuese un sueño romántico al margen de la gestión profesional de la actividad de intermediación financiera. Pero estas micro experiencias, no están diseñadas para competir ni sustituir a la gran banca comercial. Son escuelas, redes, núcleos, semilleros de solidaridad y de gestión económico financiera por parte de la ciudadanía. Compararlas con una empresa con licencia para operar como Banca Universal, más allá del tamaño, más allá de otras diferencias obvias, sería como comparar el conservatorio con el coro de un barrio. Algunos están destinados a ser profesionales y aparecer en los grandes escenarios, otros a armonizar voces inexpertas, pero lo que está en juego es el derecho a la música y lo más importante, el amor por la música, que la música vuelva a servir para que la gente viva y disfrute, por encima del negocio de la música. Es una simple metáfora, pero a veces, cuando hablamos de dinero y finanzas, cuesta romper el paradigma de que todo lo que no sea serio, profesional y complejo, no tiene derecho a existir y ha de ser prohibido como práctica peligrosa.

Durante años se ha difundido la demostración de que los pobres, si se les daba la oportunidad, eran buenos pagadores de crédito. Se ha llegado incluso a otorgar grandes premios en nombre de esta idea. El problema mundial del dominio de las finanzas sobre la actividad

política y social de los países no se aminora con este reconocimiento sino que, paradójicamente, se refuerza. En algunos casos lo ha hecho en detrimento de la justa y necesaria ayuda no crediticia al desarrollo, que debía financiar infraestructuras que creasen o recreasen las condiciones para el desarrollo endógeno en los mismos países a los que de repente toda la ayuda se les ofrecía bajo la fórmula de crédito.

El mérito del microcrédito a nivel mundial no se puede negar. Ni sus virtudes y su apuesta incansable por las capas más empobrecidas de las sociedades, ni las contradicciones y fallos que ha permitido sacar a la luz, para demostrar, por una vía más si cabe, que la financiarización no es la respuesta que el mundo necesita para salir de las crisis financieras, medioambientales, alimentarias y sociales. Y que aunque aun es peor la negación del acceso al crédito para el propio desarrollo, la instauración de la era del dominio de las finanzas no ha supuesto un avance para los pueblos, sino una pérdida creciente de soberanía.

Esto nos devuelve a la importancia crucial de que una banca ética sea al mismo tiempo una empresa con sus costes y sus márgenes –pero no enfocada al máximo beneficio a cualquier precio–; una escuela en términos de ajuste de nichos de mercado para actividades sostenibles y éticas, y un altavoz y un escaparate. El movimiento de banca ética, en sentido amplio, tiene a su vez la tarea de seguir ampliando la conciencia, mediante la práctica y la difusión de esas prácticas, de la mayoría de la población para que vaya comprendiendo no sólo que se puede hacer banca sin destruir el planeta o el empleo en terceros países o en la propia ciudad, sino que existen experiencias que permiten comprobarlo mientras se aprende a hacerlo.

La banca ética del futuro se sueña, no para pobres y desfavorecidos, sino para ciudadanos comprometidos consigo mismos, con su planeta, con su sociedad, con su entorno y con sus conciudadanos. Hay muchas formas de entender el concepto de democracia económica y resulta fascinante estudiar cómo al mismo tiempo que el modelo económico conocido como capitalismo se desarrollaba, voces críticas, haciendo simplemente uso de su sentido común y de su sentido de la observación, llamaban la atención sobre el hecho de que el sistema económico que emergía, y su aplicación en la actividad financiera, tendría la virtud de ir expulsando rápidamente a muchas personas del acceso a los mismos derechos que otros se aseguraban para sí, como la explotación o la compra de un trozo de tierra. Un simple rastreo al concepto «democracia económica» nos pondrá sobre la pista de estas ideas formuladas ya, algunas en el siglo XIX.

Y esta es pues, la gran tarea que la banca ética, al servicio de la ciudadanía comprometida y sus redes y organizaciones se ha de proponer: recuperar la democracia económica. Tal vez como la única vía de recuperar la democracia real, secuestrada hace muchas décadas por la actividad financiera, que de forma silenciosa pero inexorable, lleva deci-

diendo sobre casi todos los aspectos relevantes de nuestra sociedad sin pasar por las urnas.

Desde este punto de vista, ninguna iniciativa es irrelevante, pues unas hacen de los fuertes volúmenes de depósito su mejor estrategia para abrir la puerta a proyectos ambiciosos de bioconstrucción o desarrollo de energías renovables, y otras consiguen, ciudadana a ciudadana, que todo el mundo comprenda la importancia de dejar de delegar el “voto financiero” y tener opinión y postura propia.

Los desafíos, pues, son varios y ninguno menor:

- Consolidar un sistema financiero ético que permita que unas iniciativas complementen o apoyen a las otras y entre todas poder ofrecer una alternativa desde criterios éticos y de sostenibilidad ambiental, social y económica al actual sistema financiero privado.
- Incluir en esta red de ofertas y propuestas actividades que, sin ser estrictamente bancarias, son la puerta para que grandes masas financieras sean gestionadas bajo criterios de lucro exclusivamente y no de impacto social positivo. Por ejemplo, los seguros o los planes de pensiones.
- Profesionalizarse al máximo, sin perder en el conjunto del sistema o red la cercanía y la máxima oportunidad de participación por parte de todos los interesados e interesadas en co-gestionar o al menos co-construir este sistema, en torno a una visión compartida.
- Saber diferenciarse del modelo existente, pero sin depender de esta diferencia para definirse, fundamentándose en principios, valores y metodologías de tal manera que, si estas son adoptadas por el resto del sector, redundaría en beneficio de la sociedad y no en la quiebra de las nuevas iniciativas éticas y solidarias.
- Seguir imaginando cómo crecer para ayudar a cambiar el sector, sin perder de vista que el objetivo último es que las finanzas estén supeditadas a la actividad social y política de los países y no a la inversa, aunque esto suponga “decrecer” en volumen de actividad llegado el momento.